

inevitable. El emperador, á su regreso á Faulquemont, firmó las letras de servicio que ponían todo el ejército de Lorena á las órdenes del mariscal; esto no obstante, el soberano no desaparecía aún del todo, sino que se reservaba una especie de mando superior y además conservaba á su lado al jefe del Estado mayor general. Sería preciso un nuevo impulso de la opinión para que la abdicación se completase, y en aquella elevación de Bazaine, incompleta todavía, quizás habría podido apreciarse en Napoleón la huella de perspicaces repugnancias que sólo gradualmente habían de ir desapareciendo.

Así estaban las cosas en la madrugada del 10 de agosto. Todo parecía anunciar una batalla próxima que se libraría delante de Metz, en las posiciones por nosotros escogidas; pero dado el choque perpetuo de los contrarios pareceres y dada la ignorancia en que se estaba respecto de los movimientos enemigos, ¿qué plan habría podido considerarse definitivo? En el entretanto, los pensamientos hallábanse fijos no sólo en la frontera, sino también en el interior; y el emperador había de atender á dos cosas igualmente importantes, por un lado contener en las orillas del Mosela á los ejércitos alemanes, y por otro asegurar en París, además de la conservación del orden, la suerte de la dinastía.

### III

Ya hemos visto los sucesos de la jornada del 7 de agosto y las terribles emociones que produjeron. En las provincias el estupor había sido el mismo é iguales también las recriminaciones, los terrores y las cóleras. El día 8, los trenes de la mañana trajeron de los departamentos gran número de diputados, unos que estaban ya enterados de la convocatoria y otros que la ignoraban, pero á quienes la magnitud de los sucesos atraía á París; á mediodía todos se encontraban reunidos en el salón de Conferencias y entablado conversaciones tumultuosas se anticipaban á la legislatura extraordinaria que había de abrirse al día siguiente.

Sus coloquios pusieron en seguida de manifiesto sentimientos muy complejos, mezcla de turbación, de desengaño, de rectificación de criterio un tanto egoísta y de arrepentimiento por las anteriores docilidades. Diez y ocho años hacía que sostenían el trono, no por efecto de esa fidelidad hereditaria que es el privilegio precioso de las monarquías tradicionales, sino por solicitud para el reposo público. El imperio sólo valía por todo cuanto sostenía á su alrededor; al perder su fuerza, había de perder su razón de ser; y, por consiguiente, no existía para él más que esta alternativa: ó mantenerse omnipotente ó perecer. Estas perspectivas se presentaban de una manera confusa á los diputados reunidos en el Palacio Borbón, los cuales, en parte por respeto al poder y en parte por timidez, sentían ciertos escrúpulos en fijarse en ellas; pero, por más que hicieron para no ser demasiado perspicaces, comprendían ya, y sobre todo comprenderían más adelante, todo lo que acababa de quebrantarse, y en tales circunstancias no solamente se desolaban por su patria, sino que además se afligían muy sinceramente por la dinastía. Su sentimiento no era, sin embargo, tan grande que no les permitiera pensar en sí mismos; de aquí el propósito, en aquellos momentos desflorado, más bien que medi-

tado profundamente, de no solidarizarse con el imperio, de no salvar de éste más que lo que se pudiera, de apoyar la regencia, pero absorbiéndola en caso necesario, y de usurpar á las atribuciones ejecutivas lo suficiente para que la revolución, cada día en aumento, no pudiese declarar vacante el poder. Dentro de esta concepción, muy vaga todavía, el egoísmo había de excusarse poniéndose la máscara del patriotismo. ¿Acaso por encima del imperio no estaban la patria y la sociedad, á quienes era preciso preservar de la anarquía? Los diputados de la izquierda insinuaban estas ideas con palabras veladas y un tanto artificiosas; los de los centros daban oído á estos conceptos, los retenían, y poco á poco se dejaban influir por ellos; y aun los más leales, después de haberse mostrado escandalizados y de haber combatido tales opiniones, habían de sentirse más ó menos arrastrados por las mismas.

Tan á raíz de la derrota, sólo una observación muy atenta habría podido percibir estas primeras desviaciones. Lo que sí estallaba con violencia era la reprobación contra los autores de la guerra: la Cámara recordaba todavía las declaraciones del Sr. de Gramont, las seguridades de Lebœuf, y avergonzada de su ciega confianza, pues ni había pedido una información ni había reclamado pruebas, entendía que el mejor modo de justificarse era licenciar á los que la habían engañado. El disgusto recaía también sobre Emilio Ollivier, de quien se decía que, si bien había tenido intenciones de paz, habíanle faltado la perspicacia que discierne los lazos y la energía que sabe querer hasta el fin. En el mismo descrédito aparecían envueltos los demás ministros, hombres excelentes á quienes injustamente se atacaba, pues muchos de ellos no habían escatimado los consejos inspirados en la prudencia; pero no eran aquellos momentos los más á propósito para las justicias de detalle, y la repentina catástrofe parecíase á aquellas tempestades violentas que sepultan entre sus olas lo mismo los restos más grandes que los más insignificantes de un naufragio. Aun en medio de aquella explosión de censuras no faltaban diputados que se esforzaban en atenuar las cóleras: éstos comentaban los últimos despachos y se dedicaban á demostrar que nada era irreparable; daban la culpa de los sucesos á la adversa fortuna más bien que á la imprevisión ó á la incapacidad, y luego hacían observar que un cambio de ministerio no daría al país fuerza alguna, no despojaría á los prusianos de ninguna ventaja y añadiría una complicación enojosa á una situación que no consentía nuevas dificultades. Pero estas prudentes y patrióticas frases unas veces eran escuchadas fríamente y en silencio, y otras provocaban protestas. Lo que había de asegurar la ruina del gabinete era el gran número de gentes que se lisonjaban de beneficiarse con su caída: en aquel instante supremo, el gobierno había de encontrar reunidas en contra suya las pasiones de la izquierda, atenta á extremar las cosas, y las ambiciones de la derecha, ansiosa de recobrar el poder, cualesquiera que fuesen las circunstancias en que lo recobrara; y aquella coalición había de engrosarse, por último, con todos los que, no atreviéndose aún á desertar del imperio, creerían que, abandonando al ministerio, podrían ir graduando su defección.

Emilio Ollivier y sus colegas no se hacían ilusiones,



pues comenzaban a sentir esa gran soledad que es señal de inminentes desgracias; y, aunque sin cifrar en ello grandes confianzas, trataron de afirmarse fortaleciendo el elemento militar. Considerando insuficiente al general Dejeán, que substituía a Lebœuf en el ministerio de la Guerra, pensaron reemplazarlo con el general Trochu; pero éste formuló tales condiciones que equivalían a una negativa, ya que quería ante todo libertad completa para poner de manifiesto los pasados abusos. Descartado Trochu, pensóse en el general de Montaubán, conde de Palikao y comandante en Lyon, y al efecto lo llamaron a París. Pero, a medida que pasaban las horas, veíase más claramente que una modificación parcial a nadie satisfaría, ni al país, que exigía víctimas, ni a los diputados que querían, mostrándose buenos justicieros, obtener el perdón de su pasada credulidad.

La impaciencia no había de consentir dilaciones. En la noche del 8 de agosto los miembros del gabinete deliberaban bajo la presidencia de la emperatriz: el ministro del Interior daba cuenta de los manejos del partido demagógico que, según se decía, pensaba invadir al día siguiente el Cuerpo legislativo, cuando, cerca de las diez, anunciaron a la soberana que un grupo de diputados presididos por el Sr. Brame solicitaban ser recibidos por ella. La regente interrumpió el consejo. Los delegados eran seis, dos de la derecha, dos del centro derecho y dos de la izquierda; dijeron que iban en representación de un centenar de sus colegas que se habían reunido por la tarde en el Palacio Borbón, y en nombre de éstos reclamaron que fuese inmediatamente destituido el ministerio Ollivier, que se nombrase ministro de la Guerra al general Trochu y que se confiriese al general Palikao el mando del ejército encargado de la defensa de París. La petición significaba una invasión singular de las atribuciones del poder ejecutivo, y dos días antes habría producido un efecto extraño. Cuando el Sr. Brame hubo terminado, la emperatriz contestó punto por punto a la demanda. Respecto de la destitución de los ministros manifestó el temor de que un cambio de personas no fuese sino un peligro más. En cuanto a la designación del general Trochu, la soberana fué más explícita: «Por encargo mío, dijo, se han hecho indicaciones al general; pero ha contestado que sólo aceptaría con la condición de poder denunciar desde la tribuna todas las faltas cometidas desde 1866. ¿Es admisible semejante exigencia? Sean jueces ustedes mismos, señores.» Por lo que toca al general Palikao, la regente dió a entender que se utilizaría próximamente su experiencia y añadió que había sido llamado a París. Cuando los delegados hubieron salido del palacio continuó el consejo. Si los ministros hubieran conservado alguna esperanza, aquel paso de los diputados habría acabado de desvanecerla; esto no obstante, entendieron que debían esperar el voto parlamentario y que una retirada espontánea tendría visos de deserción. La emperatriz aprobó este acuerdo.

Así se llegó a la mañana del 9 de agosto, día en que debían reunirse las Cámaras. Desde primera hora llegaron al ministerio del Interior informes alarmantes, en los cuales se hablaba de organización de reuniones, de formación de grupos que se dirigirían al Palacio Bor-

bón. La autoridad militar dictó con urgencia las medidas que reclamaban la custodia de la Asamblea y la tranquilidad pública: esta vigilancia sería seguramente eficaz; pero el orden, provisionalmente restablecido, ¿no quedaría en lo porvenir a merced de cualquier incidente? Bajo esta viva impresión afirmóse en algunos la idea del regreso del emperador, que ya había sido discutida en Metz; y el ministro del Interior, Sr. Chevandier de Valdrome, muy preocupado por los peligros presentes y más aún por los futuros, presentóse muy temprano a la emperatriz y se atrevió a indicarle aquella proposición. Mas, apenas hubo enunciado la idea, la soberana replicó con viveza: «El regreso parecería una fuga; el puesto único del emperador está en el ejército;» a lo que el ministro replicó: «La presencia de Su Majestad en París es indispensable para hacer fracasar las intrigas, para dominar las agitaciones y para organizar, en el centro mismo de todos los recursos, una guerra que no puede ser ya más que una guerra defensiva.» En vista de que la emperatriz protestaba contra el proyecto con una energía casi violenta, el Sr. Chevandier de Valdrome prosiguió, cada vez con mayor osadía: «La partida la desea el mismo ejército, que necesita más que todo un mando único y una libertad de movimientos completa.» No podía decirse más claramente que el emperador constituía en Metz un estorbo. La regente miró con estupor al que en tales términos le hablaba, sin saber si tenía que habérselas con un adversario ó con un amigo. «Con este lenguaje, añadió el Sr. Chevandier, demuestro a Vuestra Majestad mi lealtad.» Asistía a la entrevista el prefecto de policía, Sr. Petri, y el ministro apeló a su testimonio: «Aquí tenéis a un hombre que os sirve desde hace veinte años; interrogadle.» El Sr. Petri, muy emocionado, guardó silencio; pero con un ademán asintió a aquellas tristes y verídicas palabras. Entonces la emperatriz, muy sobreexcitada, pareció ceder: «Sea, puesto que usted lo exige, dijo; voy a escribir al emperador. Señor Petri, venga usted, que me ayudará a redactar el despacho.» Sin embargo, la soberana, antes de adoptar una resolución definitiva, quiso consultar con los miembros del Consejo privado, los cuales combatieron enérgicamente aquel plan: «El emperador, dijo uno de ellos, puede perder la corona ó perecer; pero si abandonase el ejército se deshonraría.» La emperatriz, que sólo a medias y de mala gana había cedido, apresuróse a volver sobre su acuerdo, y el mensaje, que, según se dice, había sido redactado, no fué expedido (1).

Avanzaba la mañana. A eso de mediodía, la plaza de la Concordia, el puente y los muelles se llenaron de gente; oíanse algunos gritos de «¡abajo Ollivier! ¡abajo el ministerio!» mezclados con imprecaciones contra el emperador, y la muchedumbre aclamaba a su paso a los diputados de la extrema izquierda. Muy pronto aparecieron varios grupos muy numerosos que reclamaban armas. Las inmediaciones de la Cámara estaban perfectamente custodiadas: «El 9 de agosto habría sido un cuatro de septiembre sin las prudentes precauciones de la autoridad militar,» ha dicho posteriormente el señor Petri (2).

(1) *Papiers de M. Chevandier de Valdrome.*

(2) *Enquête sur le 4 septembre*, tomo I, pág. 253.

La agitación de la calle se propagaba al palacio legislativo, en donde se abrió la sesión en medio de una confusión indescriptible. En el consejo de la mañana habíase preparado una declaración que Emilio Ollivier leyó desde la tribuna con una tranquilidad que sus enemigos, empeñados en perderle, calificaron de indiferencia. Apenas comenzó la lectura, en la izquierda se produjeron grandes murmullos; pero lo más singular no eran las interrupciones, sino la circunstancia de que no levantaran una tempestad. El ministro de Gracia y Justicia rindió tributo al valor de los soldados; declaró, con algo de optimismo, que estaban intactos los inmensos recursos del país; añadió que ninguna de nuestras defensas naturales estaba en poder del enemigo (lo que en aquellos momentos ya no era cierto), y enumeró las medidas adoptadas ó propuestas con mira a la defensa nacional, y que consistían en facilitar los alistamientos voluntarios, en organizar en todas partes la guardia nacional, en incorporar a ésta todos los hombres de veinticinco a treinta y cinco años y en llamar a las filas al reemplazo de 1870. La magnitud de los peligros imponía la evitación de toda complicación en el interior, por lo que el ministro, en términos muy apremiantes, afirmó la necesidad del orden público: «El orden, dijo, es la salvación.» Sin embargo, el silencio de la derecha, el abatimiento de los centros y las injurias de la izquierda decían con harta elocuencia que el país no quería nada con sus gobernantes, y Ollivier podía, a cada línea que leía de la declaración, comprender cuál era el sentimiento de la Cámara. Terminada la lectura, dejó el papel, y con algunas frases improvisadas suplicó a los diputados que economizaran el tiempo, y que si creían necesario un cambio ministerial, no lo retrasaran con discursos: «Que no haya intervalo alguno en la acción pública, dijo; no penséis más que en la patria. Destituídnos si queréis, pero en seguida, sin frases, porque lo que hace falta ante todo no es perorar ni discutir, sino obrar.»

La cuestión no estribaba ya en la caída del gabinete, sino en saber bajo qué orden del día había de sucumbir; y en cuanto el ministro volvió a su sitio, una especie de emulación empujó a la tribuna a todos los que aspiraban a inscribir sus nombres en los fastos de aquellos tiempos memorables.

¡Cosa singular!, los primeros golpes partieron de aquellos a quienes podía considerarse como amigos, conducta que puede explicarse por diferentes causas. Emilio Ollivier había satisfecho el amor propio de muchos, pero no el de todos: muchos diputados ministrables, ó que se creían serlo, habían visto con despecho que no se les concediese una cartera, originándose de aquí disgustos, rencores, resentimientos más ó menos inconscientes que en los días de desgracia debían convertirse en deserción. La hostilidad, que en algunos nacía de la ambición no satisfecha, era hija de más nobles preocupaciones en otros muchos a quienes los peligros presentes no ofuscaban hasta el punto de no dejarles pensar en salvar la libertad; y los que así opinaban no se obstinarían en defender a Emilio Ollivier, que parecía demasiado desacreditado, pero, al abandonarlo, se esforzarían en poner en salvo las conquistas de los últimos años. Como los acontecimientos daban la preeminencia a los militares, lo más acertado había de ser

encontrar un militar bastante experto para asegurar la defensa y bastante emancipado del poder personal para no prestarse nunca a los retrocesos ofensivos del absolutismo: sólo un hombre, Trochu, reputado como general consumado y también como liberal, respondía a esta doble aspiración, y este fué el candidato propuesto por el Sr. Latour du Moulin, antiguo diputado ministerial que después se pasó al centro izquierdo, y que tenía todas las ambiciones, si no todas las cualidades, para representar papeles importantes, el cual pidió la dimisión del gabinete y la formación de un nuevo ministerio presidido por el general Trochu.

La izquierda acechaba la ocasión para entrar en escena. Julio Favre subió a la tribuna y sin hablar del ministerio Ollivier, al que consideraba como muerto, comenzó por pedir la reorganización de la guardia nacional y el armamento de todos los ciudadanos válidos, y luego, enardeciéndose, proclamó el peligro de esas «contemplaciones que pierden a las asambleas y a los pueblos.» En seguida, elevando sus acusaciones hasta el soberano, exigió el regreso de éste a París, diciendo: «Nuestras fuerzas militares han de estar concentradas en manos de un solo hombre; pero este hombre no ha de ser el emperador;» y estas palabras imperiosas resonaron en el silencioso salón sin provocar más protesta que un murmullo ahogado. Una paciencia tan nueva y tan increíble autorizaba cualquier atrevimiento; por esto Julio Favre prosiguió diciendo: «Si la cámara quiere salvar al país, es preciso que tome las riendas del poder;» y propuso «que se organizara una comisión de quince miembros, elegidos por los diputados, para rechazar la invasión extranjera.» Aquella proposición equivalía a la abdicación del gobierno ante la Cámara, mientras llegaba el momento de la abdicación de la Cámara misma. Hasta entonces la mayoría había callado; pero al oír aquellas palabras facciosas, recobró un resto de sus antiguas cóleras. «Este acto, dijo el señor Granier de Cassagnac, es un principio de revolución;» y luego, dirigiéndose a la izquierda, añadió: «Si yo tuviera el honor de sentarme en los bancos del gobierno, todos vosotros seriais entregados esta noche a los consejos de guerra.»

Los adversarios más peligrosos del gabinete no eran los disidentes del centro izquierdo ni los violentos de la izquierda; tenía el ministerio otros enemigos más refinados que, sin combatirlo directamente, se contentarían con dejarlo caer. Los diputados de la derecha habían seguido la crisis con profunda aflicción, porque eran patriotas, pero también con una esperanza que no confesaban; el centro izquierdo aspiraba a proseguir con otros hombres el ensayo liberal; la izquierda meditaba despojar la Regencia en provecho de la Cámara, sin perjuicio de dejar que los acontecimientos terminaran la revolución; y los bonapartistas autoritarios soñaban con recobrar el poder, aun siendo éste tan poco envidiable, y con reanudar, auxiliados por la victoria, las tradiciones de 1852. La ambición de estos últimos no dejaba de ser audaz, pues ellos más que nadie habían empujado al país a la guerra, que, a los ojos de los jueces imparciales, había de pesar sobre ellos gravemente; pero en los trastornos extremos, las nociones de lógica se oscurecen como todo lo demás. Jerónimo David, que regresaba del teatro de la guerra y tenía, por ende,



la autoridad de un testigo, expuso desde la tribuna el criterio de sus amigos: no dijo una palabra del ministerio, sino que, remontándose á la causa de nuestras derrotas, condensó su pensamiento en esta sencilla frase: *Prusia estaba preparada y nosotros no*. Esta sentencia era más abrumadora que todas las invectivas para aquellos á quienes ni siquiera se quería nombrar. Jerónimo David había preparado el camino; Clemente Duvernois se encargó de la ejecución del proyecto de los suyos. La ambición y el rencor le prestaron ingenio, y su habilidad le inspiró una fórmula traidora que, sin designar á los ministros, había de descartarlos mediante una despreciativa preterición; en efecto, propuso una resolución concebida en estos términos: «La Cámara, decidida á apoyar á un gabinete capaz de atender á la defensa del país, pasa á la orden del día.» Con frases lacónicas rechazó Ollivier esta redacción equívoca. La proposición Favre fué rechazada, como también la del Sr. Latour du Moulín; en cambio una inmensa mayoría aprobó la de Clemente Duvernois.

El hecho estaba previsto, tanto que el sucesor se hallaba ya preparado. A las diez de la mañana había llegado á París el general Palikao, á quien se había llamado la noche antes, y se había presentado en las Tullerías á eso del mediodía, es decir, en el momento en que acababan de deliberar los ministros, con quienes había conversado un instante. Su misión tenía dos fines, robustecer el gabinete existente ó prestar su nombre para uno nuevo, según lo exigieran las circunstancias. Cuando el voto de la Cámara hubo desvanecido todas las dudas, Emilio Ollivier pidió que se suspendiera la sesión á fin de ir á recibir órdenes de la regente. Media hora después reapareció, pidió la palabra, anunció que «Su Majestad había confiado al conde de Palikao el encargo de formar una nueva administración,» y bajó de la tribuna, á la que no debía volver á subir nunca más.

La noche se pasó en la formación del ministerio. El general Palikao recibió, además de la cartera de Guerra, la presidencia del Consejo. Como en tan graves circunstancias importaba salvar lo que quedaba del crédito nacional, el ministerio de Hacienda fué confiado al Sr. Magne, y en verdad que no podía darse elección más acertada. La dirección de los Negocios extranjeros se confió al príncipe de La Tour d'Auvergne, diplomático que gozaba de muy justa reputación, pero que había de desempeñar, al parecer, un papel estéril, puesto que las amistades tímidas se apartaban ya de nosotros. Después de haber asegurado de este modo la defensa del territorio, la gestión del erario público y las relaciones exteriores, la emperatriz juzgó que la abnegación no debía llegar hasta el sacrificio de sus preferencias. Jamás había sentido simpatías por los ministros del 2 de enero, y aunque les dispensaba las más corteses atenciones, siempre los había considerado como consejeros del emperador, no suyos; así es que, viéndose investida de los poderes de regente, impulsada por su instinto y por su imaginación y su corazón de mujer, se inclinó hacia donde la llevaban sus pasiones. Para la cartera del Interior pensóse primeramente en el barón Jerónimo David; pero ante las observaciones del señor Magne, que encontraba aquel nombre demasiado provocador, se designó para aquel puesto al prefecto del

Sena, Enrique Chevreau, personaje de clara inteligencia, pero acostumbrado de antiguo á las prácticas autoritarias. La cartera de Gracia y Justicia se confió al procurador general Grandperret, magistrado de carrera, poseído de aquel celo represivo que animaba entonces á casi todo el cuerpo judicial. Jerónimo David, descartado del Interior, fué puesto al frente del departamento de Obras públicas; Clemente Duvernois se encargó del ministerio de Comercio. Del gabinete del 2 de enero sólo quedó un ministro, el almirante Rigault de Genouilly, que conservó la cartera de Marina. En la nueva combinación, el grupo liberal no tenía más que un representante, el Sr. Brame, ministro de Instrucción pública, hombre animoso, de espíritu suelto, de palabra fácil, pero sin las aptitudes y sin las pretensiones de los grandes papeles; la importancia que había de tener en el ministerio había de indicar hasta qué punto cabría en éste la idea liberal.

El día 11 de agosto, el *Journal officiel* publicó la lista del nuevo gabinete. El Imperio, en el momento en que la derrota le despojaba de sus fuerzas, se remontaba, por virtud de una reacción brusca y caprichosa, á sus orígenes, y con mano febril é imperiosa recobraba todo lo que durante los años anteriores había abandonado, todo lo que los recientes acontecimientos parecían arrebatarle para siempre. Cuando la Cámara, bajo la impresión de los reveses, mostraba ciertas veleidades de usurpación de atribuciones, constituíase, á modo de pronta y perentoria respuesta á tales propósitos, un ministerio en el que los parlamentarios no conservaban sino una cartera. En otro tiempo, los diputados, por uno de sus primeros actos de independencia, habían negado su dotación al general Palikao, regresado de China; y ahora les imponían á ese mismo personaje como jefe de gobierno. De todos los partidos, la extrema derecha era la que más había contribuido á la declaración de guerra; y resultaba que la derrota, que hubiera debido ser su descrédito, convertíase para ellos en fuente de favor. En una palabra, la evolución tomaba un aspecto caballeresco: una mujer hermosa y desgraciada invocaba la lealtad de sus amigos personales, y éstos acudían á su lado en los momentos de infortunio. Tal era el acto del 9 de agosto, un desquite *in extremis* del Imperio autoritario contra el Imperio liberal. Pero el país, atento únicamente á la lucha, no se cuidaba de estas cosas y dentro del ministerio sólo se fijaba en Palikao, hombre de inteligencia y de recursos, de quien se esperaba que sabría conjurar la mala fortuna. Imperio autoritario, Imperio liberal, ¿qué le importaba esto en aquellos instantes supremos? Para el Imperio, como para Francia, la cuestión única era la salvación.

## IV

En el gran cuartel general de Maguncia (ya que ahora hemos de ocuparnos nuevamente de nuestros enemigos) esperábase una batalla para el 6 de agosto; por la tarde supose allí la gran acción de Fraeschwiller, aunque sin ningún detalle, y poco después un despacho del general de Gœben comunicó el éxito de Forbach; de modo que en vez de una victoria que esperaban, el telégrafo les anunció dos.

En medio de nuestras derrotas tuvimos una suerte y

fué que la actividad de nuestros adversarios en la persecución no fué proporcionada á su ardor en el combate. Después de Fraeschwiller, creyeron primeramente que los vencidos se habían retirado sobre Bitche, y luego les retrasó la región montañosa de los Vosgos, con lo que Mac-Mahón pudo disponer de un tiempo para adelantarseles, debiendo á ello su salvación. Igual fortuna tuvimos después de Forbach: la batalla terminó por la noche y á la mañana siguiente una espesa niebla cubría la comarca; los alemanes no sentían aún la audacia que más adelante había de infundirles la conti-

un destacamento de dragones llegó á Faulquemont, en donde unas horas antes el emperador había conferenciado con Bazaine. El mismo día, el rey, que la víspera se había trasladado de Maguncia á Homburg, transportó su cuartel general á Sarrebruck. Fuese cual fuere la resolución de no dejar nada confiado al azar, consideróse llegado el momento de proseguir el movimiento ofensivo hacia el Mosela; entonces se vió apuntar el vasto plan cuya ejecución constituiría una de las principales combinaciones estratégicas de la campaña y que consistía en retener algo atrás al I.º ejército, que contendría



Jerónimo David

nidad del triunfo, y este concurso de circunstancias propicias aseguró la retirada de Frossard.

Cuando el III.º ejército, es decir, el ejército del príncipe real, hubo encontrado la pista del ejército de Alsacia, dirigióse como éste hacia el Oeste; poco á poco había de alejarse del ejército de Steinmetz y del príncipe Federico Carlos, y empeñado en la persecución de Mac-Mahón había de atravesar toda la Lorena, penetrar en Champaña y asestar, tres semanas después, el golpe supremo que debía acabar con el Imperio. Pero en los momentos en que nos encontramos, el papel principal correspondería á los ejércitos I.º y II.º, y de ellos, por consiguiente, debemos ocuparnos.

El día 8 de agosto, estos dos ejércitos habían comenzado á extenderse por la orilla izquierda del Sarre y se iban envalentonando, aunque gradualmente como si sólo poco á poco se hubiesen penetrado del sentimiento de su victoria. Los informes recogidos por la caballería, bien que incompletos, no dejaban ninguna duda acerca de la retirada de los franceses: supose que Boulay y Bouzonville habían sido evacuadas; el 9, las vanguardias prusianas ocuparon Saint-Avold, y poco después

las fuerzas enemigas, en tanto que el II.º, el más fuerte de todos, después de haber estrechado sus columnas y concentrado sus efectivos, se encaminaría oblicuamente hacia el Sudoeste, llegaría al Mosela, ocuparía los puntos de paso aguas arriba de Metz, pasaría á la orilla izquierda, remontaría el río y envolvería al ejército francés.

El día 10 comenzó la marcha. La principal preocupación era penetrar los verdaderos proyectos del adversario; y cuando se tenía el convencimiento de que éste se replegaba hasta Metz, un oficial de Estado mayor, que se alejó mucho en sus exploraciones, vió considerables masas de infantería al Oeste del Nied francés y extensos campamentos en Pange, en Mont y en Puche. Varias patrullas de hulanos trajeron datos casi análogos, y en vista de esta doble información se dedujo, con razón, que el ejército imperial había interrumpido su retirada y sin retroceder hasta la plaza se disponía á defender las orillas del pequeño río ó quizás á tomar la ofensiva. Los prusianos se concentraron y se apercibieron á la lucha; pero en la mañana del 11 sus jinetes enviados como exploradores volvieron diciendo que un numeroso cuerpo acampado en los Etangs acababa de